

Cataluña en una España libre

Colaboración con la revista *Esprit* en el 20.º aniversario del comienzo de la Guerra Civil española.

P. Blanquerna

Barcelona, julio de 1956.

El pasado 23 de mayo, en un salón de Barcelona, un escritor y editor de Mallorca, Francesc de B. Moll —responsable de una enorme labor lingüística y cultural, el *Diccionari Català-Valencià-Balear* en diez volúmenes— tenía que dar una conferencia sobre «Menéndez Pelayo y la lengua catalana». Recordemos que Menéndez Pelayo, cuyo centenario se celebra muy oficialmente este año en la España de Franco, era un sabio lingüista, historiador de la cultura y la literatura españolas, católico y partidario del más puro tradicionalismo cultural y político. Habrían transcurrido unos cinco minutos de conferencia, cuando se produjo un revuelo en el estrado donde se encontraban el orador y los organizadores. Un agente de policía acababa de advertir muy cortésmente al profesor Moll que su conferencia debía proseguir en castellano y no en catalán. Después de unas cuantas palabras, el conferenciante se inclinó y anunció al público que tenía que cambiar de lengua si quería continuar con su charla. La reacción de unos cientos de auditores —jóvenes estudiantes y obreros en su mayoría— no se hizo esperar y fue bastante ruidosa: abandonaron rápidamente la sala, no sin antes haber

proferido ritos considerados hoy «subversivos» tales como «¡Estamos hartos!» o «¡Viva Cataluña libre!». La falta total de público obligó al orador a terminar con su exposición.

Este hecho no es más que un pequeño signo de lo que ocurre actualmente entre Catalanes y Españoles (designo como tales, a aquellos que no aceptan que otros Españoles reclamen al mismo tiempo su condición de Catalanes, con todo lo que esto significa de lengua, cultura, tradiciones políticas y sociales y voluntad de autogobierno o de federación). Después de veinte años de «Movimiento» y diecisiete después de la conquista *manu militari* de la Cataluña autónoma por el ejército «nacional» del general Franco, los términos del problema están casi igual. Al igual que en el País Vasco —donde la resistencia nacional adoptó desde 1939 formas particulares, debido al gran número de curas y religiosos militando en el nacionalismo que tiene como símbolo a J. A. de Aguirre y su gobierno en el exilio— en Cataluña permanecen válidas, la aspiración a la libertad, como reconocimiento de la personalidad nacional y de una cierta autonomía en el seno de un Estado federal español.

La persecución gubernamental contra la lengua y el espíritu de los catalanes se había vuelto particularmente severa desde 1939. La condena de todas las obras impresas en catalán y que se encontraban en las librerías o en las editoriales se simultaneaba con la prohibición absoluta de emplear la lengua catalana en ningún escrito, incluidos aquellos de carácter privado como eran las invitaciones de matrimonio o las esquelas de defunción. Las sanciones a quienes osaran sobrepasar esta prohibición iban de la amonestación a la prisión. Hacia 1946, es decir, después de la caída alemana, es cuando se autorizó, con grandes limitaciones que siguen en vigor en gran parte hoy en día, la edición de libros en catalán. La censura y la autorización previa de circulación eran y son empleadas aún con bastante cuidado para impedir una producción demasiado importante en catalán. Las traducciones de obras modernas, novela o teatro, están todavía prohibidas en lengua catalana, al igual que las de erudición o de ciencia pura (recalcuemos que las ediciones del Institut d'Estudis Catalans, esta admirable academia fundada en 1907 por Prat de la Riba y que continúa existiendo sin pre-

ocuparse de las prohibiciones ni de las amonestaciones que llegan periódicamente para minar su labor científica, siguen siendo publicadas sin admitir más censura que la reglamentaria de los revisores nombrados por el Institut en cada materia). También está prohibida la publicación en catalán de cualquier revista literaria, boletín o periódico por más inofensivo que sea. Si recordamos que en 1936 se publicaban en Barcelona nueve periódicos en lengua catalana y catorce en el resto de Cataluña, y que el número de publicaciones periódicas, revistas y boletines, sobrepasaba la cifra de 1.400, podemos darnos cuenta del significado de este esfuerzo de supresión de una lengua que es normalmente hablada por unos seis millones de personas. Resaltemos además que en estos 23 periódicos catalanes de 1936 y en estas 1.400 publicaciones, estaban representadas todas las opiniones políticas y sociales, todos los matices filosóficos o culturales. Estaban en marcha tres ediciones separadas de la Biblia en catalán, entre ellas una monumental, llevada a cabo por los monjes benedictinos de Monseerrat. La fundación Bernat Metge, empresa paralela y comparable a la colección Guillaume Budé, había publicado en 1936 unos cincuenta volúmenes de clásicos griegos y latinos en versiones catalanas impecables. Y recientemente, se acaba de autorizar —¡pero con cuántas limitaciones!— el reanudar esta colección que no tiene parangón en la España oficial.

La lengua catalana se excluye igualmente de la radio, el cine y la publicidad. Ni un anuncio, ni un prospecto, ni una hoja pueden imprimirse ni distribuirse en Cataluña si no están redactadas en la len-

gua oficial. Y los directores del Instituto Francés o del Instituto Italiano en Barcelona conocen bien las batallas que sostuvieron con los delegados de la autoridad que impedían toda conferencia, exposición o presentación de un artista o de una película, si se empleaba la lengua catalana.

Todo esto —incluida la clase de «formación política» obligatoria para todos los estudiantes de colegios y facultades, que consistía en



envolver con frases «históricas» a los jefes de la Falange— no alcanzó, sin embargo, el objetivo que estaba en la mente y en la voluntad de los conquistadores. A pesar de las persecuciones y restricciones, de la ignorancia de las nuevas generaciones, de la propaganda masiva —y todo hay que decirlo, poco hábil— del régimen, los Catalanes conservan viva la conciencia de su condición. Son y serán Catalanes, con todo lo que esto significa de diferente y de irreductible al modelo al que los jefes de la nueva España falangista querrían someterles. Son privados de toda posibilidad de expresión, de todo órgano político, de toda interven-

ción en lo público, pero son instintivamente hostiles a este régimen que ha hecho todo lo posible para herir a Cataluña en su espíritu, arruinarla en su industria, castigarla en su voluntad secular de libertad.

Sin embargo, nos equivocáramos si creyéramos que el Catalanismo —pues éste es el nombre tradicional de este sentimiento instintivo de los Catalanes— es un movimiento cuyo objetivo es la disolución de España. Salvo en muy raros casos personales y en momentos de exaltación del sentimiento de injusticia provocado por las medidas oficiales, los Catalanes se proclaman siempre entre los más puros y eficaces patriotas españoles. Frente a la España «una, grande y libre» de Franco, reclaman una España plural, verdaderamente grande por la voluntad y la cohesión de las diferentes Españas que la forman, realmente libre porque todas las libertades, las individuales y las de los pueblos, sean respetadas.

Cataluña —se afirma más de una vez— podría ser el Piamonte de España, evidentemente, de la nueva España que queremos imaginar brotando de las ruinas de la España franquista. Existe probablemente cierta ingenuidad y cierta fanfarronería en esta afirmación de fe y de esperanza de los catalanistas. Pero es el testimonio más sincero de su voluntad de colaborar algún día, en un clima de libertad, a la tarea común de todos los Españoles: a esa labor que habrá que retomar un día u otro, si queremos que España se integre en una Europa unida, en el mundo que va lento, pero seguro hacia un futuro común de paz, libertad y justicia, valores de los que son privados cruelmente desde hace casi veinte años, la mayoría de los Españoles.

Andrés Simón Lorda y su hijo Camilo Simón López. Descansen en paz.

Eduardo Martínez
Del Instituto E. Mounier.

Desde hace unos años en el Instituto Emmanuel Mounier sufrimos una implacable sangría. Hermanos de edad avanzada, otros en la flor de la vida, todos compañeros irremplazables en el cariño y la militancia, nos han dejado antes de lo que la humana razón considera aceptable.

Primero fue Mariano Moreno el que enfermó y murió sorpresivamente cuando empezaba a dar fruto su gran preparación. Después fue Rubén Vázquez el que se marchó cuando su trabajo docente y pastoral dejaba huella tanto en el IEM como en Málaga (y cuando muchos le teníamos ya por amigo auténtico). El último fue el entrañable Cayetano Hernández; un sabio de corazón y cabeza cuya experiencia de compromiso social y cristiano es irremplazable.

Nosotros, que por fe nos sabemos en este mundo con un sentido trascendente, no podemos sino temblar ante la violencia de esta cadena que encuentra en Andrés y su hijo Camilo un eslabón trágico más.

Debo escribir estas líneas por encargo del IEM, aunque no me siento con fuerza para llevarlas a cabo. Andrés es para mí un hermano. Lo es en Cristo aunque no

por la carne. Además, este gigante cuyo tamaño sólo es comparable con su bondad, ha sido y es para mí un consejero, un apoyo, un acicate... un compañero del alma, de esos de los que Laín Entralgo (otro personalista fallecido hace poco) dice que son para compartir la vida entera.

Si fuera necesario destacar un rasgo de la rica personalidad de Andrés, creo que todos coincidiríamos al señalar su paz. Una paz interior que aflora en una constante voluntad conciliadora.

Permitidme el presente de indicativo al referirme a Andrés, pues él, como los otros compañeros o mi mismo padre, son ya para mí —y os hago ver que deben serlo para todos nosotros— presencia, intercesión y luz para el resto de nuestra vida.

Quizá lo mejor sea que me remita a la semblanza que hizo de él su hermano Pablo (él sí por la carne, además de por el espíritu) en el funeral al que asistimos muchos de sus amigos en Lugo, en la preciosa aldea de Guitiriz, la tierra de su esposa Soedade.

Como Pablo decía, Andrés fue una persona íntegra, y lo fue en tres planos para él irrenunciables. Fue un cristia-

no, fue un intelectual y fue un hombre de familia (padre, marido, hermano, hijo...).

Como cristiano entregó a la Iglesia su esfuerzo y su compromiso en la acción y en la reflexión. Fue un hombre de comunidad cristiana como lo atestiguan sus compañeros de Santiago y la serie de compromisos que juntos asumieron. Era, además, en el momento de su muerte, formador en varias instituciones docentes de la Iglesia.

Como intelectual España ha perdido una de las cabezas mejor preparadas de los últimos tiempos. Ciertamente estaba empezando, no era nada más —y nada menos— que un recién doctorado *cum laude* especializado en la obra de Husserl, pero con el centro de sus intereses puesto en la temática personalista. Era ahora cuando sus vastos conocimientos le debían conducir a la

